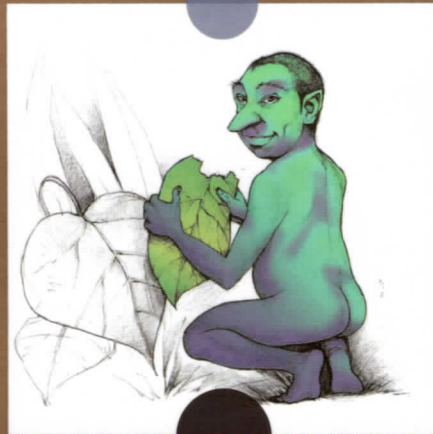


NORMA MUÑOZ LEDO
OPEL ZONUM AMRON

Una aventura por la tradición oral de México

Supernaturalia



Ailarutámpous

ILUSTRADA POR
HELGUERA Y HERNÁNDEZ

PRÓLOGO DE
ALFREDO LÓPEZ AUSTIN



Supernaturalia

EN EL NÚMERO V

Los habitantes
y las narradoras
de este libro, queremos
dedicárselo a la entidad viva más
grande que conocemos, la que nos sustenta,
la mera mera *jehech'a*. Todo lo que somos está hecho
de ti, Madre Tierra, mujer cósmica y de polvo y carne:
Gaia, Tonantzin, Guadalupe, Pachamama, Miriam, Freyja, Danu,
Mahimata, Afrodita, Lourdes, Ishtar, Artemisa, Cibele, Magdalena, Yma,
Durga, Maya, Ixchel, Shakti, Roha, Fátima, Isis, Pele, Maka Ina y mil nombres más...

 PRISA EDICIONES



Supernaturalia

ISBN: 978-607-11-1695-6

D.R. © del texto: Norma Muñoz Ledo, 2011

Dirección editorial: Gerardo Mendiola P.

D.R. © de las ilustraciones: Antonio Helguera Martínez y José García Hernández

Corrección: José Luis Trueba y Paola Santos

D.R. © de esta edición:

Diseño de interiores y cubierta: Juan Arroyo / A+C, sc.

Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Ilustración: Antonio Helguera Martínez y José García Hernández

Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias

Impreso en México

03240, México, D.F.

Esta obra se terminó de imprimir en enero del 2012 en

Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda México, D.F. 09810

Altea es un sello editorial de Prisa Ediciones

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo

ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información,

en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,

electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Primera Edición Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.: enero 2012

La voz y las imágenes

Jamás habrá dos lecturas idénticas de una obra. Aun hablando del individuo, deberá parafrasearse a Heráclito para decir que nadie se sumerge dos veces de igual manera en un mismo texto. En estricto sentido, el autor no transmite significados; activa disparadores que provocarán estallidos diferentes durante un segundo tipo de creación: la lectura. En la primera creación, un autor modela las potencias; en la segunda, un lector –en una lectura– arropa los actos con sus memorias, saberes, sentimientos, gustos, nociones, intuiciones, juicios y prejuicios del momento.


El libro *Supernaturalia* de Norma Muñoz Ledo puede dar origen a muy variadas lecturas. Recibe con la claridad, soltura y corrección de lenguaje que, acompañadas de una temática interesante y cambiante a cada página, permite el deleite de los lectores que esperan de la obra el placer literario. A ello contribuirá la verosímil –pero fabulada– introducción epistolar entre una supuesta autora, Alethia, y su editor, páginas a las que siguen las descripciones de creencias populares, tal vez inverosímiles para algunos lectores, pero que se fundan en recopilaciones reales de informantes a lo largo y ancho de nuestro país. Como consecuencia, el complejo tejido del fundamento etnográfico con la fabulación novelada provocará la incertidumbre, en algunos pasajes, de pisar el terreno firme de la vida social o el de la construcción imaginaria.

Otros lectores avivarán –avivaremos– recuerdos empolvados. Para aquellos que la remembranza lleve a tiempos ya distantes, será un repaso de largas charlas nocturnas, de bromas, relatos y temores. Así fueron para mí algunos anocheceres acompasados por los aullidos de los siempre invisibles coyotes. Se formaba el corro; entre el disimulo de algún temblor inoportuno, se sucedían los temas con la alternancia de los narradores, del fantasma al encanto, del árbol sombrío a la carreta chirriante, del crimen horrendo a la olla enterrada con monedas de oro y plata. Después, a dormir, cada uno a su suerte. Para mi sorpresa, tropecé entre los capítulos de este libro con un cuento de terror que oí en mi juventud temprana y que en repetidas ocasiones he narrado a mis nietos.

Habrán también lectores abiertos a la creencia; dispuestos a interpretar con otros cánones de verdad, antiguos y modernos; a concebir otras dimensiones y otros mundos poblados; a hurgar en las conciencias mecanismos ocultos de percepción; a comparar nuevos informes con experiencias propias, y aun a extremar precauciones frente a lo desconocido, lo imprevisible y lo indecible o a aventurarse en el peligro de lo ignoto y lo vedado.

Hago a un lado mis antiguos recuerdos para situarme en una cuarta categoría de lectores. Para ello me inconformo en contra de un juicio leído en este libro, tachándolo de incomprensivo. No culpo a Norma; culpo a Alethia, ya que es su voz la que lo dicta: "... los científicos son muy curiosos; muchos viven en permanente estado de asombro y buscan con entusiasmo a la eterna *aletheia*... sólo que desde el gélido palacio de la razón. No lo entiendo".

No es gélido el ejercicio de la ciencia. Es verdad que está sujeto a un método estricto; que este método limita los objetos de estudio, los recursos de prueba y la validez de los argumentos, y que, lejos de alcanzar verdades definitivas e inapelables, deja toda conclusión, aun la mejor fincada, en permanente observación crítica. Es verdad también que los resultados propuestos deben ser alcanzados y expuestos con el rigor del razonamiento frío, es decir, desnudo de pasión. Pero esto no hace del total del proceso un ejercicio desapasionado, carente del vuelo de la imaginación. Por el contrario, la insaciable curiosidad es emotiva: la imaginación alienta el duelo de las hipótesis; la articulación de las técnicas de prueba es un proyecto de sagacidad, y en el camino a la conclusión se van sucediendo, imprevisibles, los asombros, los sobresaltos, los entusiasmos y los desánimos. Sí: la frialdad de la razón y la rigidez del método son las reglas del juego; pero no se extienden al jugador. El buen jugador, el jugador apasionado, no hace trampas; se entrega esperanzado a la dialéctica de empeños y destino. Antes de cualquier propuesta final, él mismo se enfrentará a un resultado: su hipótesis fue válida o no lo fue. Ganó o perdió una fuerte apuesta con la ciencia. ¿Es comprensible así la entrega apasionada del científico a su obra?



Explicaré mis asombros. *Supernaturalia* es una impresionante colección de episodios puestos a disposición del público amplio por medio del recurso literario. Este repertorio se sustenta en registros obtenidos en campo, ya producto de las narraciones reunidas por el Proyecto de Investigación y Recopilación de Tradiciones Orales Populares, ya de la búsqueda de la propia autora, ya del repertorio contenido en una amplia literatura etnográfica. Es un mar de información en el que proliferan los ejemplos de una clase de relatos que durante muchos años ha formado parte de mi acervo de investigación. Dedicado al estudio de la milenaria tradición mesoamericana, de sus persistencias y transformaciones, he tenido la obsesión de explicarme las vías por las que las sociedades construyen los complejos mentales con los que aprehenden su ser y sus circunstancias y con los que obran para enfrentarlos y modificarlos. En la creación social, los seres sobrenaturales han sido tenidos por agentes primordiales y esenciales del mundo, y el hombre ha pretendido influir en su acción. Al sumergirme en el caudal de narraciones que forman *Supernaturalia*, me he deleitado no sólo en el ejercicio comparativo con el material que durante décadas he manejado, sino en la dinámica que un nuevo saber produce sobre tantas hipótesis con las que explicamos históricamente las construcciones mentales en una tradición cultural.

Las páginas de *Supernaturalia* llevan al encuentro de un sinnúmero de personajes conocidos, presentes ya en muy antiguas fuentes de nuestra historia, y activos aún, y desde entonces, en el pensamiento indígena y mestizo. Los nombres son una buena guía, porque permiten ver hasta qué punto sus atributos han cambiado o se han transformado en la amplia difusión de su fama. Sobresalen, sin duda, los aluxes, chaneques, charritos, encueraditos y otros personajes que forman parte del numerosísimo y heterogéneo ejército del Dueño. Hoy es este personaje divino, sin duda, quien domina en el paisaje sobrenatural indígena. Con sus múltiples rostros y poderes (señor del Monte Sagrado, dueño de los animales, dispensador de la lluvia, gran juez de la conducta humana, depositario y distribuidor de los tesoros del mundo subterráneo y muchos más), el Dueño es, en síntesis, el rector de los ciclos de vida y muerte que dinamizan el mundo.¹ Uno de sus títulos nahuas es conocido ampliamente en la actualidad: Chane (“el dueño” o “el dueño del hogar”), designación que, pluralizada, otorga a sus subordinados el también difundido nombre de *chaneque*. El Dueño se asoma en los relatos de *Supernaturalia* como Chaneco, como dueño de los animales, o aún en su advocación acuática, femenina y ya muy teñida de formas europeas, como la Sirena.

Otros personajes que frecuentemente se describen en este libro caen en el intrincado complejo del nahualismo-tonalismo: obviamente, los conocidos con el nombre de nahuales, los uays (*wayoob*) de los mayas, y aún las entidades que dan poder a los hombres-rayos. En la antigüedad, *nahualli* era el nombre náhuatl que se daba al ser divino, humano o animal que enviaba una de sus almas al interior de otro cuerpo, y era el nombre que también se aplicaba al poseído. Fueron entonces, cuando humanos, tanto benéficos como maléficos; pero hoy, y sin duda por las enseñanzas de la evangelización, han acentuado su malignidad, cuando no se han convertido francamente en seres demoníacos. Igual carácter se atribuye hoy a las muy tratadas *tzitzimes*, ya que los evangelizadores utilizaron el nombre *tzitzimime*, que era el propio de estas divinidades seminales, feroces pero encargados, entre otras funciones, de la conducción de meteoros, para personificar a sus propios seres sobrenaturales dueños e inspiradores del mal.

Hay también en *Supernaturalia* episodios en los que los protagonistas son bacabes. Según las viejas concepciones de la formación del mundo, cuando el cielo cayó sobre la tierra y provocó un gran diluvio, cuatro gigantes personajes fueron colocados en los extremos del plano terrestre para que sostuvieran de nuevo el cielo en alto y para que evitaran así que se repitiera el cataclismo universal. Fueron así los cuatro *bacaboob* –señalado cada *bacab* con el color distintivo de su rumbo– los distribuidores del tiempo y de los destinos entre los antiguos mayas.² Hoy, a partir de lo que nos relata Norma Muñoz Ledo, los bacabes siguen siendo gigantes; pero han abandonado su permanente raigambre para deambular por los bosques. Y ya que se habla de gigantes, hay que mencionar al que en el libro es nombrado *bacab* y de él se dice que tiene los pies al revés. Dice Norma Muñoz Ledo que este *bacab* “duerme recostado en los árboles, porque si se tiende en el suelo cuan largo es, ponerse de pie le tomaría días de esfuerzo”. No se puede olvidar ante esta descripción que en una lámina del *Códice Vaticano Latino 3738*,³ bajo la inundación que produjo el fin de la era Sol de Agua, yace desnudo un gigante que tiene como glosa, en náhuatl, la palabra *tzocuilicxeque* (“los de patas de jilguero”), y que los *Anales de Cuauhtitlán* dicen al tratar del Sol de Jaguar: “En este sol vivían gigantes. Dejaron dicho los viejos que su salutación era ‘no caiga usted’, porque el que se caía, se caía para siempre.”⁴



Aparecen en *Supernaturalia* numerosas brujas, y entre ellas las tlahuelpuchis. Su nombre nos conduce al siglo XVI, cuando fray Juan Bautista, en sus *Advertencias a los confesores de indios*, señaló la existencia de “otros nigromantes que se llaman *tlahuipuchme* [que] andan de noche, echan fuego por la boca y espantan a los que quieren mal, de tal manera que quedan fuera de sí o mueren. Andan por las montañas de noche y traen una lumbre como una hacha ardiendo y cuando quieren la absconden”.⁵ Seguir con la nómina exigiría gran espacio.

Si los nombres de los seres sobrenaturales guían hacia su antiguo origen, también lo hacen algunas de sus propiedades y relaciones descritas por Norma Muñoz Ledo. Muchos de los seres sobrenaturales detestan el olor del humo de una planta de propiedades sagradas: el tabaco. La baba del pejelagarto atrae a los rayos, como en un remoto tiempo la lengua del lagarto era el rayo que rompía las nubes para que se precipitara la lluvia.⁶ Otras características apuntan a creencias indígenas que actualmente conservan una fuerte complejidad; por ejemplo, hay en *Supernaturalia* enanos que mueven las piedras a silbidos, tal como se afirma aún que lo hicieron los servidores del subterráneo dios Montezuma antes de la salida prístina del Sol. La geografía asombrosa conserva en este libro sus peculiaridades: si se cruza un umbral entre este mundo y el ámbito propio de los dioses se desfasa la dimensión del tiempo y la materia se transforma. El llamado al nahual jaguar se hace, según *Supernaturalia*, en los cruces de los caminos, sitios peligrosísimos en la antigüedad porque por ellos llegaban, cada 52 días, las terribles diosas celestes *chhuapiltin*. Las higueras y los amates –que son *Ficus*– son umbrales, pues por siglos los amates han sido árboles de naturaleza fría que conectan con la helada región de la muerte. Según dice *Supernaturalia*, en el interior de algunas cuevas encantadas se difunde una luz misteriosa y en su planicie se extiende una gran ciudad. Estas son características del enorme hueco del Monte Sagrado.

El mundo sobrenatural del Viejo Mundo se ha entreverado con el indígena para enriquecer el pensamiento del México de hoy. Esto desde los tempranos viajes de los conquistadores al vasto septentrión en busca de las legendarias ciudades de Cibola y Quivira, mencionadas en este libro por Norma Muñoz Ledo. También podemos leer entre sus narraciones la del europeo carretón de la Muerte, y no falta, entre los relatos, la tenebrosa marcha de los fantasmas. ¿Sabes, lector amigo, cuál es el origen de la vieja palabra española “estantigua”, o sea la “procesión de fantasmas... que se ofrece a la vista por la noche, causando pavor y espanto”? Es una derivación de “hueste [o huest] antigua”, nombre del aterrador ejército de los muertos que transita sobre la tierra.

Y podremos ver también en *Supernaturalia* cómo se han ido sumando personajes a lo largo de la historia. Uno de ellos, de fama fuertemente arraigada en el territorio americano, es un pícaro burlón y engañador que ingresó a la literatura de la mano de numerosos escritores, cuando menos desde la Baja Edad Media española. Ya en el siglo XII aparece formalmente Pedro de Urdemalas [o Urdemales o Urdimalas], personaje arquetípico que continuará siendo llevado a las letras hasta dar nombre a una de las comedias de Miguel de Cervantes. Otros –imaginarios o de más reciente cuño histórico– pertenecen ya a la historia local. Son piratas, corsarios o bandoleros que dejan ricos tesoros acompañados de misteriosas obligaciones o de terribles maldiciones. Entre éstos se encuentra el californiano Joaquín Murrieta, detonador de anécdotas, aventuras y leyendas ya desde antes de su muerte, ocurrida en 1853.

Los cuentos de tesoros son una rica aportación europea a la literatura oral de nuestro continente. Así como esta narrativa aumenta con la inclusión de personajes de estas tierras, agrega episodios de la tradición indígena cuando pueden intensificar la emoción de la aventura. Incluye *Supernaturalia* en su amplio repertorio un cuento del tesoro de Martín Toscano, el legendario bandolero jalisciense de fines del siglo XVIII y principios del XIX. El tesoro, como muchos otros que se encuentran escondidos en las cuevas, está custodiado por una terrible serpiente. Cuando la serpiente abre sus fauces, el arrojado buscador de riquezas debe lanzarse al interior de su hocico y dejarse tragar por el monstruo. Ya dentro, deberá herirlo con un cuchillo hasta romper el cuerpo y salir de él. Conocemos este episodio porque está presente en mitos de la tradición mesoamericana. El personaje central realiza una acción que perfora las entrañas del reptil para abrir un paso. En uno de ellos es Tepoztécatl, el héroe de Tepoztlán, quien defiende a su pueblo de la tiranía del monstruo de Xochicalco, que periódicamente pedía jóvenes, tanto varones como doncellas, para devorarlos. Tepoztécatl se dejó engullir por el monstruo; pero una vez dentro, cortó los intestinos con navajas de obsidiana, lo que le ocasionó la muerte. Ascensión Amador Naranjo interpretó un mito semejante en Maxcanú, Yucatán. El relato dice que el joven héroe Cham Tzim penetró en Satunsat para acabar con la serpiente gigantesca Itzam Cab Aín. Al recibir el monstruo la herida de la jabalina de Cham Tzim, se convirtió en un túnel de piedra. La arqueóloga interpreta que el mito se refiere a la apertura del camino por el inframundo, lo que permite a los astros, una vez muertos en su ocaso y habiendo recorrido la región de la muerte, surgir de nuevo con su luz en el oriente.⁷ La interpretación de Ascensión Amador Naranjo es acertada si se toma en cuenta que Tepoztécatl es una divinidad lunar, que entre los totonacos los valientes que se enfrentan a la serpiente antropófaga son los gemelos que posteriormente se convertirán en Sol y Luna, y que en un mito cora el niño que hirió con su flecha las entrañas de la serpiente se fue posteriormente al cielo, convertido en Venus.



La literatura popular oral es un crisol donde se funde el tiempo viejo para ponerse a tiempo. Las amalgamas de tradiciones disímiles se producen cuando las mezclas se reducen, se acendran, se adecuan y se reinterpretan para adquirir las formas apropiadas en las estructuras actuales de una cultura. Deberán responder a una coherencia. Sí, porque el hombre, aun en su imaginación más desbordada, es el ser que reordena y reacomoda en su eterno afán de comprender el mundo. Sin el orden elemental no hay comunicación posible. Y el hombre es también el ser que construye comunicaciones.

Semillero de sorpresas, *Supernaturalia* espera a cada lector con una aventura inédita. Inicia, amigo lector, el recorrido, con la mirada y el oído atentos, pues de las ramas secas o de los vientos fríos podrá surgir lo insospechado.

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN*
México, 19 de septiembre de 2011



- 1 Sobre el Dueño, sus múltiples personalidades y atributos, y sobre su heterogéneo ejército, véase Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2009, p. 67-149.
 - 2 Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, 12^a ed., México, Editorial Porrúa, 1982, p. 62, y no antropomorfos, sino como cuatro ceibas, en el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, trad. del maya de Antonio Mediz Bolio, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, p. 63-64.
 - 3 *Códice Vaticano A. 3738*, ed. facs., México, Fondo de Cultura Económica / Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1996, fol. 4v.
 - 4 *Anales de Cuauhtitlan*. 1945. En *Códice Chimalpopoca*, trad. del náhuatl al español de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Historia, 1945, p. 1-118, 145-164 y facs., p. 5.
 - 5 Fray Juan Bautista, *Advertencias a los confesores de indios*, en Ángel Ma. Garibay K. (ed.), *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, México, Editorial Porrúa, 1965, p. 141-152, p. 152.
 - 6 Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, obra citada, p. 288-290.
 - 7 Ascensión Amador Naranjo, "El origen del mundo en Oxkintok", *Oxkintok*, Madrid, Misión Arqueológica de España en México, 1989, v. 2, p. 157-171, p. 164.
- * Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.